





Ana Cuadrado Dorrio

# CORAZONES EN ALTA MAR

«Una historia de Harrinhope»

© 2025 Ana Cuadrado Dorrio  
© 2025, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición:

ISBN: 979-13-990201-0-6  
Depósito Legal: M-7665-2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

*Para todos los hambrientos de aventuras,  
para los que quieran firmar su nombre en la superficie del  
océano, para todos los corazones que anhelan encontrar  
tesoros más allá del horizonte y, sobre todo, para los  
capitanes solitarios que busquen un acompañante con  
quien navegar entre las estrellas.  
A esos capitanes sin rumbo en la búsqueda de tesoros, les  
digo que el mayor botín es el amor de otro ser humano.  
Para Lorena, una amiga de verdad.  
En otras palabras, uno de mis mayores tesoros.  
Pero, sobre todo, para mi familia; ya que, sin ellos,  
seguramente, este mundo no existiría.*



## PRÓLOGO

Me desperté en una habitación oscura, tumbada sobre un suelo de madera áspera. Llevaba el vestido azul de la noche anterior, ahora arrugado, y alguien me había cubierto con una manta marrón raída. La sala era sombría, apenas iluminada por unos débiles rayos de sol, que se colaban a través de unas rejillas en el techo. Parpadeé. Mis ojos se ajustaron lentamente a la tenue claridad y pude ver el cielo azul asomando entre las ranuras. No sabía dónde estaba. ¿Por qué lo observaba desde el interior? Entonces los recuerdos de la noche anterior inundaron mi mente y me incorporé de golpe.

Inspeccioné frenéticamente mi entorno. Estaba en una especie de sótano, húmedo y claustrofóbico. De repente, la habitación se inclinó hacia la derecha. Apoyé una mano temblorosa en el suelo de madera para no caer. «¿Dónde estoy?», pensé alarmada. Miré a mi alrededor y vi una puerta de barrotes con un marco rectangular oxidado. La habitación volvió a inclinarse, esta vez de forma más brusca hacia la izquierda, y caí de espaldas. Mientras intentaba entender mi situación, escuché voces arriba.

–Informe de los astilleros –dijo una que me resultaba familiar.

Me levanté con cuidado y me coloqué bajo las rejillas, mirando hacia arriba. A través de ellas, distinguí la silueta de un hombre de espaldas, iluminada por la luz que se filtraba.

–Todo preparado para la defensa y el ataque del Fénix Oscuro, señor –respondió otro desconocido con tono firme.

–Eso espero, debemos estar listos –contestó el primero, que entonces reconocí con certeza.

Al terminar de hablar, se giró y pude verlo de frente con poca claridad; bastó para saber quién era. Un torrente de recuerdos y emociones me invadió.

–¡No puede ser! Estoy en su barco, ¡el Fénix Oscuro! –susurré.

**PARTE 1:**  
**EL CAPITÁN PROVONSY**



## Capítulo 1: Stefan

### 1875, el Océano de Hielo

**«No se puede perder, porque siempre se acaba ganando algo, incluso cuando se pierde».**

El viento soplaba con fuerza. El invierno asustaba con sus gritos gélidos, que descendían las temperaturas y permitían la producción de icebergs. Esa fría mañana, por lo menos, las aguas permanecían en calma. El cielo era tan claro y pálido como la misma nieve, con leves degradados azules; por lo que todo parecía gris. Estaba contemplando el horizonte desde la proa del barco, en busca de unas respuestas que tardarían en llegar. Bajé la mirada hacia la carta que tenía en mis manos. Las instrucciones eran claras, pero los motivos resultaban todo lo contrario. ¿Qué ganaba yo con todo eso? ¿De verdad quería saber qué guardaba para mí?

Escuché unos pasos acercarse. Era Francis, mi hombre de confianza de la tripulación. Se trataba del mejor amigo de mi padre, por ello confiaba plenamente en él. Se cruzó de brazos a mi lado, expresando que se congelaba de frío. Me miró algo confundido.

–¿Qué haremos ahora?

Noté sus ojos en la carta y la guardé en el bolsillo interior de mi abrigo.

–Rumbo a Erato.

–¿A Erato? –preguntó confuso.

Mis ojos le respondieron claramente.

–Quiero saberlo.

–Stefan, tu padre no era un mal hombre, pero tampoco uno de confianza. Jugaba mucho con las palabras, adoraba los juegos. Tengo la sensación de que este es su último juego.

–Por suerte, yo siempre gano –respondí serio.

–Muy bien, si es lo que has decidido... –contestó Francis, marchándose.

Tenía muy claro mi objetivo. Ahora que habíamos recuperado de vuelta mi barco, el Fénix Oscuro, podíamos ejecutar el plan, que llevaba demasiado tiempo ideando y analizando. Todo debía salir perfecto. No había margen de error. Nada ni nadie debería fallarme, todo estaba perfectamente calculado.

Fui hacia mi camarote con decisión. Mientras caminaba por cubierta, estudié a mi tripulación. Júpiter, el más fuerte, estaba afilando su hacha; me atravesó con su vista.

–Capitán –me dijo nada más verme pasar.

Yo asentí y seguí con paso firme. Distinguí a los gemelos Árdor y Roteb, siempre atentos a los futuros acontecimientos. Su posición fija se situaba en lo alto del barco, vigilando y divisando los conflictos desde la distancia.

–¡Aguas despejadas, capitán! –chilló Árdor.

–Ningún peligro –añadió Roteb.

–Si notáis cualquier cambio, informadme –respondí.

Me encontré de frente con Heger, mi mejor tirador. Su fuerte eran las armas de fuego y las mujeres, aunque no en mi barco; aquí solo se permitían hombres. Todo el mundo sabe que da mala suerte navegar con féminas a bordo.

–Capitán, ¿se puede saber a dónde vamos? –preguntó mientras recargaba su pistola. Su acento ragoniense era indisimulable, muy parecido al francés de la tierra.

–Al Mar de Plata. Iremos a Erato –indiqué.

–¿No podríamos ir a algún sitio más cercano a la capital? Dicen que hay muchos botines interesantes por ahí.

–Créeme, mi plan nos enriquecerá mucho más –comenté.

–Me alegra oír eso –contestó Heger, sonriendo.

Continué avanzando y distinguí a Trevor y Deroton. Mientras que el primero era nuestro hombre de los cañones, Deroton se trataba de nuestro antiguo médico.

–¡Capitán Provonsy! –me llamó Deroton–. Si continúa bajando la temperatura, es muy posible que contraigamos alguna hipotermia. No tenemos suficiente ropa de abrigo.

–No se preocupe, doctor Deroton. En cuanto consigamos lo que necesito en Erato, nos iremos al otro extremo de Harrinhope, donde el calor y el sol serán nuestro pan de cada día –expliqué, tranquilizando sus nervios.

Seguí mi camino. Estaba a punto de tocar el manillar de mi camarote, cuando Carlo Beters me llamó por detrás.

–Capitán. –Provenía de Brenston-Fall, lo que le daba un acento muy del norte.

–¿Qué ocurre, señor Beters? –pregunté, arqueando una ceja.

–Señor Provonsy, me gustaría comunicarle que no nos quedan patatas, ni ajos, ni tomates. En realidad, apenas nos queda comida. Hijo, así no se puede mantener un barco, y menos uno con este tipo de negocios.

A veces Carlo me ponía de los nervios; se comportaba como un verdadero padre y no lo era. Pero tenía mucha edad y aparentaba bastante débil, pequeño y canijo. Únicamente tenía un ojo, por lo que, de alguna manera, me comportaba de una forma más blanda con él.

–Cuando lleguemos, podrás coger los alimentos que necesites. Solo serán unos tres días –expliqué.

–Bueno, me apañaré.

Al fin entré en mi camarote, cerré la puerta y me senté en mi escritorio, dejándome caer sobre la silla. Estaba agotado, no había descansado ni un momento desde que puse en marcha el plan. Saqué la carta del bolsillo y la guardé en el tercer cajón de mi mesa bajo llave. Luego extraje un mapa y tracé la travesía más rápida.

Un ruido captó mi atención. Miré hacia la ventana circular; era Perkenkil, mi halcón personal. Me levanté, la abrí y cogí la correspondencia que me traía.

–Bien hecho, Perkenkil –lo felicité, acariciándolo.

Leí la carta y me alegré al comprobar que era justo lo que estaba esperando. Me volví a sentar en mi silla, victorioso. Ahora disponía de todos los datos necesarios.

–Ahora será el doble de fácil. –Sonreí.

Agarré un lápiz y empecé a trazar todas las posibles travesías, dependiendo de la ubicación de la Cueva de las Maravillas. Por la información que tenía, estaba cerca de An-Landiam. Pero no se sabía nada más. Llegar hasta allí ya llevaría cuatro meses, si todo salía bien. Cualquier inconveniente podría sumar, fácilmente, un mes o dos, sobre todo, en esa época del año: las tormentas no cedían el paso y los icebergs amenazaban con destruir cada barco que se encontrasen en el camino.

Saqué algunos pergaminos y empecé a escribir una carta, contestando a mi querido aliado anónimo. Se la entregué a Perkenkil y este salió volando hacia su destino.

–Stefan –dijo Binn Beters, entrando en mi camarote.

Era el hermano de Carlo. Su función en el barco consistía en aconsejar sobre las predicciones del tiempo, tanto el atmosférico como el vital. Binn poseía capacidades especiales; de alguna manera, afirmaba ver más allá. La tripulación lo tenía apodado como el Oráculo. Yo no conseguía entender cómo siempre acertaba, ni aceptar que se trataba del hermano de Carlo, cuando no se parecía en nada a él; incluso diría que tenían la misma edad.

Binn carecía de pelo; era alto, fuerte, sano y delgado. Su rostro siempre iba decorado con una larga barba blanca y un fino bigote. Sus ojos lucían pequeños y muy cerrados. Su

fuerte eran las artes marciales y los nunchakus, aunque tampoco se le daban nada mal las armas blancas, como las espadas o las catanas. Yo no tenía ninguna duda de que se trataba del mejor luchador del barco.

En definitiva, la descripción de Binn difería bastante de Carlo; por lo que concluí, sin necesidad de explicación o confirmación, que no eran hermanos realmente, pero que, tras criarse juntos, decidieron asumir su hermandad y convertirse en hermanos el uno para el otro.

–¿Qué ocurre, Binn? –pregunté.

–Capitán, estamos congelados, la comida escasea y la incertidumbre se expande en la tripulación –indicó.

–Es temporal.

–¿Por cuánto tiempo? Llevamos meses sin parar en ningún puerto.

–¿Acaso no os he conseguido grandes tesoros? –pregunté, algo frustrado por la poca confianza demostrada tras grandes celebraciones y éxitos.

–Oro, tesoros, joyas, sí. Pero ¿de qué sirve eso, si no llegamos a ningún puerto? O peor, ¿de qué sirve, si no podemos comer?

–Si tienes hambre, habla con Carlo y que te dé algo –repliqué—. Yo estoy trabajando.

–Muy bien –contestó. Antes de irse, me miró de arriba abajo—. Capitán Provonsy –se detuvo—, el dinero no lo es todo.

Noté preocupación en sus transparentes ojos. Sabía que Binn odiaba verme allí por muchos motivos, pero, sobre

todo, creo que le recordaba demasiado a mi padre y temía que acabase como él.

–Binn, este no es un viaje por fortuna, sino por interés personal. Por lo menos, desde mi perspectiva –respondí serio–. Aunque no creo necesario explicar mis motivos para tomar mis decisiones.

–Como tú quieras, capitán –contestó, y cerró la puerta tras marcharse. Al salir, se encontró de frente con Francis.

–Señor Sullivan –dijo este, apartándose para dejarlo pasar antes de irse–, ¿qué le has hecho a Binn?

–Nada –contesté sin devolverle la mirada. Estaba demasiado absorto en mis mapas para prestarle atención.

Francis se apoyó en mi escritorio.

–Stefan.

–¿Qué quieres ahora, Francis? –Elevé la vista.

–No estoy convencido de este plan. Me parece muy arriesgado. ¿Sabes lo difícil que es acercarse a un rey? Como para...

–Ya no será tan complicado, amigo mío. El rey falleció hace ocho meses. Su hermano es quien manda ahora, por lo tanto...

–¿Entonces cómo pretendes que te diga nada? –preguntó Francis con cara de confusión.

–Porque tiene una hija de diecisiete años, a punto de cumplir los dieciocho.

–¿Y qué vas a hacer para que te diga dónde está la isla? ¿Caerle bien?

–Tengo mis propias ideas y mis métodos. Sea como sea, me lo dirá; aunque tenga que obligarla –expliqué brevemente–. Incluso si eso implica tomar medidas drásticas.

–¿Acaso sabes cuál es el castigo por secuestrar a alguien de la familia real? –preguntó Francis alarmado.

–Yo me refería a un buen susto, pero el secuestro me parece mejor opción.

–A mí no me vaciles. ¿De veras la vas a secuestrar?

–No. Mi plan principal es convertirme en su mejor amigo hasta que me lo cuente –bromeé–. Pues ¡claro que lo es! En un principio, era una locura pensar en secuestrar al rey, pero... a la princesa... Será demasiado fácil. Incluso aburrido.

–Me parece un mal plan –se opuso Francis.

–Como verás, no voy a pedírselo por favor.

–No pondremos un pie en palacio antes de que nos detengan.

–Amigo Francis, ¡siempre tan bromista! –Me levanté–. No nos pillarán porque no iremos todos. Únicamente, iré yo. Además, nadie detendrá a un invitado más de su fiesta de cumpleaños.

–No lo dices en serio –negó Francis, arqueando ambas cejas.

–Hablo muy en serio. Quiero asegurarme de que sale bien. Pretendo hacerlo de una manera sigilosa y que pase un tiempo hasta que se enteren. Así, cuando vean que su princesita no está, será demasiado tarde para que puedan sospechar siquiera de nosotros –respondí triunfante–. Es el plan perfecto.

–¿Y cómo pretendes hacerlo? En cuanto pasen cinco minutos sin que nadie la vea, el reino entero se pondrá a buscarla. Además, tú eres un personaje famoso. A pesar de que solo llevas tres años a cargo de este navío, tu nombre ya circula por los siete mares.

–Te equivocas nuevamente. Conocen el nombre del capitán Provonsy, pero no mi rostro. De hecho, tengo la certeza de que la gente aún se imagina a mi padre cuando pronuncian ese título.

–Tu padre falleció hace ya cinco años. Todo el mundo lo sabe.

–Somos piratas; nadie cree verdaderamente muerto a un pirata solo por oír hablar de su muerte. Supongo que forma parte del mar: al final, no sabemos qué parte de la historia es leyenda y cuál verdad.

–Esto saldrá mal, Stefan –insistió Francis, cruzando sus enormes brazos.

–Me sorprende tu escasez de fe –reconocí.

–A mí, tu exceso de confianza.

–Yo no lo veo un problema.

–Stefan.

–Francis –me puse de pie para estar a su altura–, confía en mí. ¿Alguna vez te he fallado durante estos tres años?

Él negó con la cabeza.

–Ni un solo día; pero temo que esta misión sea demasiado personal y no pienses con la cabeza, sino con esto. –Francis tocó con su índice el lugar donde se encontraba mi corazón.

–¿Temes por mi racionalidad? –Arqueé una ceja.

–Temo haberme equivocado respecto a esa carta. Tal vez no estabas listo para que te la entregase –explicó.

–Llevo cinco años buscando una explicación y...

–Un culpable, Stefan. Tú buscas un culpable.

–Sí, así es. Y no me detendré hasta hacerlo. Por ello, voy a secuestrar a esa princesa. Voy a conseguir la información. Navegaremos hasta la cueva y encontraré la justicia por la que tanto tiempo llevo luchando.

La expresión de Francis pareció relajarse. Posó sus ojos claros en mí.

–Está bien. Te apoyaré en todo esto, pero cuéntame con detalle tu plan.

Caminé hasta la ventana y la cerré. Luego, me dirigí hacia mi armario y cogí un abrigo granate. Fijé mi atención en Francis.

–Siéntate y escucha, porque solo te lo voy a explicar una vez. –Señalé la silla que estaba frente a mi escritorio.

## Capítulo 2: Annabeth

### El reino de Erato

**«La generosidad es un arte con muy pocos artistas, pero con muchos espectadores».**

La noche alcanzó su clímax de oscuridad. El pueblo, en su mayor parte, dormía. Con agilidad, logré bajar del balcón con una cuerda hasta llegar al jardín. A partir de ahí, fue muy fácil. Corrí hasta el muro, lo escalé y, una vez más, ya estaba fuera del castillo.

Me coloqué la capucha de mi capa granate para mantener mi identidad oculta. Recorrí las calles más glamurosas con gran sigilo, hasta adentrarme progresivamente en otras más modestas y achacosas. Siempre los barrios más pobres se encontraban más cerca del puerto. Supongo que, tal vez, porque la mayoría de sus hombres trabajaban como pescadores y marineros.

Todas las calles del reino tenían nombres de aves. En especial, la Búho era famosa por su excesiva pobreza y su hambre. Caminé por ese barrio tan pequeño y acogedor, buscando a gente que necesitara mi ayuda. A lo lejos, en un

callejón, divisé a dos niños pequeños jugando con dos barquitos de madera. Caminé con sutileza para no asustarlos, pero no sirvió de mucho: cuando me agaché junto a ellos, dieron un salto atemorizados. Me quité la capucha como muestra de paz.

–Ey, pequeños, no pasa nada –susurré–. Bonitos barcos.

El menor, que tenía unos ojos negros como el mismo cielo estrellado y el cabello oscuro, me dedicó una sonrisa mientras asentía.

–¿Quieres jugar?

–Me encantaría, pero no puedo quedarme mucho rato –expliqué, rebuscando comida en mi alforja–. ¿Tenéis hambre?

Los dos asintieron al mismo tiempo. Se me encogió el corazón al preguntarme cuánto tiempo llevarían sin comer. Les di dos bocadillos y una bolsa de galletas caseras hechas por las cocineras de palacio. El mayor le metió un buen mordisco a una y, luego, me miró.

–¿Te gustaría viajar en uno de estos? –preguntó, señalando el barco. Miré hacia el mar, a unos metros de nosotros.

–Me encantaría –suspiré.

–¿Y por qué no vas? –cuestionó con curiosidad. Me senté con las rodillas encogidas a su lado.

–No me dejarían.

–Pero tienes dinero –indicó el mayor.

–Si no, no tendrías galletas tan ricas –expuso el pequeño. Me reí al verlo tan feliz con una en la mano.

–Lleváis razón; pero, aun teniendo dinero, no puedo ir. No me dejarían.

–¿Quién? –objetó el mayor.

Le revolví el pelo con ternura.

–Es complicado –terminé con tristeza.

La voz de un desconocido chillando dos nombres resonó por el callejón. Los dos niños se miraron y se pusieron en pie de un salto.

–¡Es papá! –exclamaron.

–Gracias por las galletas y el bocata, señora –dijo el pequeño con prisa, antes de salir a toda prisa del callejón. El mayor, por el contrario, se quedó frente a mí unos segundos. Me cogió una mano y me colocó el barco en la palma.

–Mi papá dice que, si algo se desea con gran fuerza, si se pelea por ello, se consigue. Espero que usted, algún día, viaje en uno de estos y navegue por el mar. Pero, cuando vuelva, acuérdesese de traernos más galletas.

–Lo haré. –Le pellizqué suavemente una mejilla. Él me sonrió y salió corriendo como su hermano menor.

–¡PAPÁ! –gritaron los niños.

Me asomé en la esquina y contemplé cómo un hombre se agachaba a recibir a sus hijos en un cálido abrazo.

–Te he echado de menos, papi –dijo el hermano menor.

–Y yo a vosotros, hijos. Venga, marchémonos a casa –contestó el padre, agarrándolos de la mano.

Vi cómo se alejaban hasta que se perdieron entre las calles. Luego observé el pequeño barco de madera. Quizá, algún día, podría ser. Me coloqué de nuevo mi capucha y

continué caminando por las calles, repartiendo comida entre la gente que me encontraba.

Había llegado hasta la gran plaza, donde se ubicaba el mercado. Aún había algo de ambiente, a pesar de la hora. Algunas personas paseaban y varios puestos incluso seguían abiertos. Contemplé todo a mi alrededor como una niña. Incluso en un rincón unas parejas bailaban, iluminadas por la tenue y anaranjada luz de las antorchas y acompañadas por una tranquila música de ambiente. Caminaba tan absorta en la escena que no me detuve a tiempo y pisé el pie de un joven apoyado contra el muro de piedra.

–Lo siento –comenté.

–No se preocupe –contestó–. Bonito baile, ¿no cree?

–Sí que lo es. –Contemplé un letrero al lado del joven: «AYUDA PARA COMER». Rápidamente, me agaché y abrí mi alforja. El joven me miró extrañado.

–¿Qué hace?

–Tenga, esto le ayudará. –Saqué una barra de pan.

Él miró el alimento y, luego, a mí. Sus ojos parecían desconcertados. Lo cogió con lentitud, sin estar muy seguro de si era una buena decisión.

–¿Quién eres?

–Eso no importa.

–¿Me das comida sin conocerme y no puedo saber quién eres? Algunos desconfiarían un poco.

–¿Crees que está envenenado?

–Si lo mordieras tú primero, me sentiría mejor –replicó.

No podía reprocharle su desconfianza, así que mordí un trozo del pan, demostrándole que estaba en perfectas condiciones. Él asintió y lo masticó con ansia; podía ver el hambre en sus ojos.

–Muchas gracias, señorita.

–De nada –contesté, volviendo la vista a las parejas de baile.

Apenas había visto nada en palacio. Ahí nunca me dejaban salir a ningún lado. Ni siquiera celebraban bailes y las puertas siempre se mantenían cerradas. El joven descubrió mi admiración por esas parejas.

–¿Quieres bailar?

–¿Disculpa?

Él señaló las parejas.

–Seguramente, sea la última canción y tus ojos dicen que te mueres por salir.

–Pero ¿tú qué sabes lo que dicen mis ojos? –Sonreí.

–¿Acaso me equivoco? –Me mordí el labio.

–No, no te equivocas.

–Entonces, déjame pagarte la barra de pan con un baile.

El joven se puso en pie, era mucho más alto de lo que parecía estando sentado. Me ofreció su mano y la acepté. Nos dirigimos a la pista de baile junto con las otras dos parejas. Nuestras miradas se encontraron mientras nos desplazábamos suavemente por la plaza. Me dio una vuelta y, luego, otra con suavidad. No sabía qué estaba haciendo, pero me gustaba la sensación. Nunca había bailado con nadie, a excep-

ción de mi padre y mis dos hermanastros, con quienes practicaba a diario para los bailes que nunca se celebraban.

—¿A qué te dedicas? —me cuestionó.

—¿Por qué?

—Porque estás caminando entre las calles más pobres del reino, cosa que no hacen los ricos; pero tus manos y tus uñas indican que vienes de una posición elevada. —Las observó.

—¿Y tú? —Desvié la atención hacia él.

—Soy marinero.

—Una profesión muy peligrosa en estos días.

—¿Lo dices por los piratas? —preguntó, alzando una ceja.

—¿No los temes?

—Supongo que sería un necio si no lo hiciera, pero el mar también es muy peligroso y no por ello dejo de salir a navegar. Además, de algo hay que comer. No siempre aparecen señoritas misteriosas con barras de pan recién hechas.

Él me sonrió y le devolví el gesto. Al terminar la canción, nos separamos un poco el uno del otro.

—Gracias, señor —respondí cortésmente con una reverencia, cosa que no sé muy bien por qué hice. Por suerte, él la consideró una broma y contestó de la misma manera.

—El placer ha sido mío, señorita. —Me dedicó una reverencia de caballero y solté una risita.

—Ahora debo irme —me excusé.

—Espero volver a verte.

Sonreí ligeramente y me di media vuelta. Observé la hora en el gran reloj; ya era muy tarde y debía regresar a palacio. Con agilidad, recorrí nuevamente el camino de vuelta. Al lle-

gar al muro que envolvía el castillo, repetí el circuito: saltarlo, escalar por la cuerda que conectaba con mi balcón, guardarla e irme a dormir. Al entrar en mi cuarto, me encontré con una pequeña lámpara encendida. Era Deyer, mi hermanastro.

–¿Cómo te ha ido? –me preguntó nervioso.

–¿Y tú? ¿Dónde has estado todo el día? –Me preocupé. Deyer había desaparecido toda la tarde, no era nada normal en él ausentarse durante tantas horas y no dar señales de vida.

–He estado haciendo unas compras. Siento no haberte avisado.

–Si yo desapareciera de esa manera, no me quiero ni imaginar cómo se pondría el tío Julier... –reflexioné.

–O yo, sin ir más lejos. Dime, ¿todo fue bien? –insistió.

–No te preocupes, todo ha ido estupendamente –respondí mientras colocaba las cosas encima del escritorio—. Ni te imaginas la cantidad de gente que no tiene nada que llevarse a la boca, Deyer.

Mi hermanastro caminó hacia mí con algo de pena.

–Tristemente, es así, no todo el mundo tiene nuestra suerte.

–Es horrible. Deberíamos hacer algo más.

–No te sigo –respondió.

–La gente pasa hambre. Tal vez podríamos montar puntos estratégicos para repartir comida entre los más necesitados. En palacio, la comida nos sobra para dar y regalar. O podríamos...

–Alto, echa el freno –me interrumpió Deyer–. Escucha, entiendo tu preocupación; pero ya haces suficiente. Bastante es que te escapes una vez por semana para repartir comida entre esa gente. Si mi padre se entera...

–No se enterará.

–¿Y qué piensas hacer en el baile?

Al escuchar la última palabra, la imagen de aquella delicada y calmada danza con el pobre marinero se me vino a la cabeza. Esa forma en su mirada, su reverencia mal hecha y su amabilidad al invitarme a bailar habían sido maravillosas. Una sonrisa se me escapó.

–¿A ti qué te pasa? –preguntó Deyer intrigado.

–Nada –dije, recuperando la seriedad–. ¿Qué decías del baile?

–El único que se va a realizar en palacio para celebrar tu mayoría de edad, la semana que viene. Ya sabes la tradición de que, al cumplir los dieciocho años, se celebra un baile de máscaras en honor del príncipe. O de la princesa, en tu caso. ¿No te suena de nada?

–Pensé que no se haría, después de que tu padre prohibiera cualquier tipo de acto social –respondí.

–Esto es distinto, se trata de una tradición histórica –explicó Deyer–. Por eso, esa noche no puedes salir por ahí a repartir comida.

–Si no, podría intentar ir antes.

–Imposible. Si hay luz, te verán. Además, todo el mundo estará pendiente de ti –reprimió Deyer.

–Bueno, ya lo discutiremos mañana, ahora quiero irme a dormir. –Terminé echándolo de mi habitación.

Cerré la puerta con suavidad sin hacer mucho ruido. Luego me tumbé en la cama y reflexioné. Recordé el barquito de madera en la alforja y lo saqué para observarlo con detenimiento. Al tocarlo, pensé en los niños y su padre. Yo también echaba mucho de menos al mío. Con él, todo era diferente. Él no habría dejado que el pueblo se muriera de hambre, sin intentar nada para evitarlo. Por lo menos, ya faltaba menos para cumplir veintiún años, la edad donde me dejarían reclamar mi derecho al trono como reina en Erato; el gobierno pasaría a mis manos.

A la mañana siguiente, me desperté temprano, me levanté de la cama y me acerqué al balcón. Al salir, respiré el aire fresco. Mis ojos se posaron en el mar, tan cercano y tan lejos al mismo tiempo. La puerta se abrió y entró el ejército de doncellas que se encargaban de mi imagen.

–Princesa –me llamaron.

–Este vestido me gusta –dijo Flora, una mujer rellenita de mejillas sonrosadas y rizos rubios–. Señorita Kalderson, hoy será un gran día. Déjeme avisarla de que empiezan los preparativos de su baile de los dieciocho años. Aún recuerdo cuando su padre cumplió esa edad. ¡Estaba espléndido! Y creo recordar que, en ese baile de máscaras, conoció a vuestra hermosa madre.

–Desde luego que sí. Bailaron el primer baile juntos, y el segundo y el tercero... –completó Claudia, otra dama de

compañía, esbelta y de gran altura, con un ondulado cabello rojo y unos ojos verdes gigantes.

–Hasta que se quedó sin bailes que pedirle y le pidió su mano –bromeó Flora.

No pude evitar reír. Flora y Claudia eran muy animadas, lo mejor del castillo. Con ellas, las cosas brillaban de manera especial.

–El desayuno –dijo seriamente Lucinda, trayendo una bandeja llena de comida.

–Pensé que desayunaría en el comedor –comenté.

–No, la reina dio instrucciones claras de que el desayuno sería únicamente familiar. Por eso, me indicó que se lo trajera a su habitación –explicó con frialdad.

Un silencio se formó en el dormitorio. Mentiría si dijese que no tuve ganas de llorar, pero no era la primera vez que sucedía algo así; tampoco se trataría de la última. Mi madrastra, la segunda mujer de mi tío Julier, me detestaba profundamente y no se esforzaba en disimularlo. Al contrario, parecía que, cada día, se empeñaba más en demostrarme que no me quería en palacio. Deyer era su hijo biológico, pero Gregory no. Él venía de la primera esposa de mi tío. Sin embargo, ella lo trataba con gran respeto.

–Bueno, no pasa nada. Total, tenemos mucho que preparar para mi baile –indiqué, intentando animar el ambiente.

–Oh, pero, señorita Kalderson, la reina Darina se va a encargar personalmente de dirigir los preparativos –expuso Lucinda.